

) MIENTRAS EL RÍO BAJA.

19º) MIENTRAS EL RIO BAJA, es el artículo que, semanalmente, nos envía nuestro amigo y colaborador José Luis Rodríguez Lara, hoy lleva por título “Las Campanas”.

### *Las campanas*

En el pueblo o la ciudad, cuando no había relojes ni teléfonos, nos comunicábamos, primero, por los toques de las campanas, luego, también por el silbido de los trenes y, finalmente y asimismo, por las campanadas del reloj municipal.

En mi pueblo ningún tren silbaría antes de 1861, fecha de la llegada del ferrocarril, y el reloj municipal no sonaría antes de 1888, data de la construcción del Ayuntamiento, pero el primer tañido de campana de la parroquia podría haberse sentido en torno de 1554, acto seguido de la construcción del campanario. Exagerando podría decirse que el ritmo del vivir del pueblo fue impuesto por la música o, más realmente, por los sones emitidos por las campanas, los silbidos ferroviarios o los latidos de las horas de los relojes.



Los bufidos de las máquinas de tren podrían evocarnos lugares lejanos y desconocidos. Madrid, Bilbao, Barcelona, incluso Cádiz,

de dónde arrancaban nuestros trenes, nos parecerían entonces lugares exóticos, raros, sin embargo, el paso de estos artefactos y sus silbidos acababan resultándonos familiares. El primer silbido del día lo daba el tren llamado pescaero, que llevaba a la capital de España el pescado de Huelva y Cádiz; pasaba de madrugada y su chirriante pitido lo oíamos desde la cama; luego pasarían trenes serios, el correo, el rápido y el exprés de Sevilla a Madrid, no obstante, eran mucho más conocidos el carreta y el migueligero, los cuales por su exasperante lentitud y sus incómodas maderas merecieron la ironía popular, a uno cambiándole el género gramatical, el carreta, y al otro evocando a un cómico famoso de la época, Miguel Ligeró; luego pasó el ferrobús, que también se ganó su apodo de el mariquita quizá por su silbido metálico y muy agudo; modernamente el taf, el talgo y el llamado catalán daban silbidos más artificiosos y graves, como de matraca. Gracias a su timbre o a su particular modo de silbar de cada tren el pueblo averiguaba la hora que era, hora de levantarse, hora del colegio, hora del almuerzo, hora de la siesta, hora de “dar de mano”, esto es, hora de holgar o dar por concluida la jornada laboral, hora de recogerse y hora de dormir.



Las campanas poseían su lenguaje propio. Fue el primer lenguaje no verbal que aprendimos de niños. El tañer de las campanas era nuestro reloj de mano, pues por el toque sabíamos qué hora vivíamos y lo que se vivía, un no pasar nada, un ir matando el tiempo, un drama humano o una alegría. Las campanas eran una comunicación sin cables, un sistema de alarma, un despertador comunal, un compás que marcaba el ritmo del pueblo, que traía las fiestas y que se llevaba los días. Todo un código de señales que moldeaba paulatinamente la psicología de los habitantes.

<https://www.youtube.com/watch?v=VBnA3tcdl7w> Campanas de Bastabales /Rosalía de Castro/Amancio Prada

Tonos altos y bajos, timbres agudos y graves, toques largos y cortos, vibraciones interminables, tañidos intensos, vigorosos o tenues como suspiros o hipidos repetidos. Ritmos marchosos, vivaces, alegres o fatigosos, agónicos, tristes. Toques generales o particulares, sostenidos, acompasados o vivos, repiques comunes o repiques especiales, virtudes de las campanas. Eran o son aún un repertorio de melodías graves, monótonas, andantes o ligeras, evocadoras del paso del tiempo, voces de eternidad, melodías con dilatadas pausas o carentes de ellas. Tañer, sonar, repicar, doblar y redoblar era la cuestión.



Había un gran número de toques, unos de carácter civil y otros de carácter religioso. Los toques civiles eran algo excepcionales

(toque de fuego). Los toques de carácter religioso eran cotidianos (toques de misa, de ángelus, de vísperas, de cultos, de ánimas) y otros eran especiales (toque de muerto, de oficios de Semana Santa, de la festividad del Corpus Christi, del día de la Patrona). Unos toques resultaban tristes, dramáticos (toques de difuntos, de ánimas) y otros eran toques animosos, cantarinos como los repiques de las misas solemnes y de las fiestas.

De todos ellos puede que los que mejor recordemos sean el toque de fuego y el toque de nubló.

El toque de fuego era un toque de convocatoria civil, de alarma. Sonando enfurecidas, insistentes, porfiadas, las campanas avisaban de un incendio o de alguien que se había perdido en la sierra. Era un toque específico. Guardamos aún recuerdo del toque que denunciaba que se había incendiado una era del llano de Jesús. El principal interés consistía en poder liberar a los pobres mulos que allí estaban atados. Se consiguió. El toque de fuego emulaba el ritmo del antiguo toque de arrebató, sonando vivamente varias campanas a la vez, alertando y convocando a los vecinos. El tañido cesaba cuando el siniestro ya había sido dominado y sofocado.

El toque de nubló no recuerdo que toque sonara en mi infancia, que de cierto sonaría. Sé, sin embargo, que en algunos pueblos cercanos el toque de nubló prevenía contra los barruntos de tempestad, contra la amenaza de tormenta que podría conllevar un fuerte aparato eléctrico. Entonces con este toque los vecinos intentaban ahuyentar y dispersar las nubes antes de que descargara el temido granizo o un diluvio. Habría quien creería que mediante el son determinado de las campanas la borrasca se contendría, se disiparía o, cuanto menos, se moderaría y no llegaría a producir males a los cereales o las viñas. Era llamado también toque de tentenubló ¡Qué palabra más bonita! En algunos sitios con este fin preventivo se prendían hogueras con ramas de oliva o de zarzas en las cumbres de los montes. El toque de campana iba acompañado de algún recitado:

Tente nublo, tente en ti.

No descargues sobre mí.

Guarda el pan, guarda el vino,

Que mi campo está florido.

Mañana os seguiré hablando de más toques de campana; me referiré a los toques de carácter religioso. El tema tiene interés porque, con el tiempo, esos sones han moldeado nuestra alma, nos identificamos con ellos y el pueblo y la ciudad también se identifican. Oíd. En la ciudad de Barcelona recuerdo el sonido de unas campanas concretas en medio del escándalo callejero: las campanas de la parroquia de Belén, en la Ramblas, que por queja del vecindario o por un exagerado prejuicio civil dejaron de tocar y enmudecieron para siempre o casi y el carrillón municipal, que, aunque sigue tocando puntualmente, el ruido vecinal y de tráfico lo han derrotado y no se oye o se oye muy poco. Pero cuando lo oyes sientes que pisas el suelo, que estás ahí, que la ciudad cuenta contigo. Son cosas del espíritu.

José Luis Rodríguez Lara, L' Estany, 2022



<https://www.youtube.com/watch?v=VBnA3tcdl7w> Campanas de Bastavales/Rosalía de Castro/Amancio Prada